

JONATHAN
SAFRAN FOER



PODEMOS
SALVAR
EL MUNDO
ANTES DE CENAR

El cambio climático es la mayor crisis a la que nos enfrentamos. La solución empieza por aprender a comer de forma responsable

Seix Barral

ÍNDICE

PORTADA

SINOPSIS

PORTADILLA

DEDICATORIA

I. INCREÍBLE

EL LIBRO DE LOS FINALES

NINGÚN SACRIFICIO

NO ES UNA BUENA HISTORIA

SABER MÁS NO ES MEJOR

PARTIR, CREER, VIVIR

HISTERIA

JUGAR FUERA DE CASA

ESCRIBIR LA PALABRA *PUÑO*

PALOS

UNA OLA

QUERER ES HACER. HACER ES QUERER

¿DÓNDE COMIENZAN LAS OLAS?

ABRE LOS OJOS

SÓLO NUESTRA

ENSEÑA LAS MANOS

II. CÓMO EVITAR LA EXTINCIÓN MASIVA

GRADOS DE CAMBIO

LA PRIMERA CRISIS

EL PRIMER CULTIVO
NUESTRO PLANETA ES UNA GRANJA
EL AUMENTO DE LA POBLACIÓN ES EXTREMO
NUESTRA GANADERÍA ES EXTREMA
NUESTRA MANERA DE COMER ES EXTREMA
NUESTRO CAMBIO CLIMÁTICO ES EXTREMO
POR QUÉ IMPORTAN LOS GASES INVERNADERO
EL CAMBIO CLIMÁTICO ES UNA BOMBA DE RELOJERÍA
PUESTO QUE EL CAMBIO CLIMÁTICO ES UNA BOMBA DE RELOJERÍA, NO TODOS LOS GASES INVERNADERO IMPORTAN IGUAL
POR QUÉ IMPORTA LA DEFORESTACIÓN
NO TODAS LAS DEFORESTACIONES IMPORTAN IGUAL
LA GANADERÍA CAUSA EL CAMBIO CLIMÁTICO
LA GANADERÍA ES UNA/LA CAUSA PRINCIPAL DEL CAMBIO CLIMÁTICO
SERÁ IMPOSIBLE DESACTIVAR LA BOMBA DE RELOJERÍA SI NO REDUCIMOS NUESTRO CONSUMO DE PRODUCTOS ANIMALES
NO TODAS LAS ACCIONES SON IGUALES
NO TODAS LAS COMIDAS SON IGUALES
CÓMO EVITAR LA EXTINCIÓN MASIVA

III. ÚNICO HOGAR

MAPEANDO NUESTRA VISIÓN
EL HOGAR ES CASI SIEMPRE IMPERCEPTIBLE
VISLUMBRES DEL HOGAR
VISLUMBRES DE NOSOTROS
HIPOTECANDO LA CASA
UN SEGUNDO HOGAR
CRISTAL
PRIMER HOGAR
ÚLTIMO HOGAR

IV. DISPUTA CON EL ALMA
SALT

V. MÁS VIDA
RECURSOS FINITOS
LA INUNDACIÓN Y EL ARCA
HE AQUÍ LA CUESTIÓN
DESPUÉS DE NOSOTROS
NOTA DE VIDA

APÉNDICE: 14,5 POR CIENTO / 51 POR CIENTO

BIBLIOGRAFÍA

AGRADECIMIENTOS

NOTAS

CRÉDITOS

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de la
lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

La mayoría de los libros que abordan la crisis del medioambiente son densos, académicos y están repletos de estadísticas impersonales. Este no es uno más. Es accesible, inmediato y ofrece una solución clara que los lectores pueden poner en práctica inmediatamente. El principal porcentaje de las emisiones globales de CO₂ proviene de las granjas industriales. Dejar de comer carne es difícil y nadie es perfecto, pero reducir su consumo es mucho más fácil y tiene un efecto positivo e inmediato en el medio ambiente. Solo cambiando nuestra cena (y comiendo carne solo una vez al día) es suficiente para cambiar el mundo.

Mezclando ensayo, reportaje periodístico y su propia biografía, historia y actualidad, Jonathan Safran Foer se mete de lleno en uno de los principales dilemas de nuestra época de una forma urgente, creativa y sorprendente.



Seix Barral Los Tres Mundos

Jonathan Safran Foer

Podemos salvar el mundo antes de cenar

Traducción del inglés por
Lorenzo Luengo

Para Sasha y Cy, Sadie y Theo, Leo y Bea

I. INCREÍBLE

EL LIBRO DE LOS FINALES

La primera nota de suicidio se escribió en el Antiguo Egipto,^[1] hace unos cuatro mil años. Su traductor original la tituló «Disputa con el alma de un hombre cansado de la vida». Empieza con la línea:^[2] «Abrí mi boca a mi alma, para así responder a lo que dijo». Alternando ágilmente entre prosa, diálogo y poesía, lo que sigue es el esfuerzo de un individuo para convencer a su alma de que acceda al suicidio.

Conocí la existencia de esa nota en *El libro de los finales*, una recopilación de hechos y anécdotas que también recoge las últimas voluntades de Virgilio y Houdini; elegías a dodos y a eunucos, y explicaciones acerca de qué son los registros fósiles, la silla eléctrica y la obsolescencia causada por el hombre. No es que yo fuera un niño especialmente morbosos, pero durante años aquel morbosos volumen en rústica no dejó de acompañarme.

El libro de los finales también me enseñó que cada inhalación contenía moléculas del último aliento de Julio César. Aquello me entusiasmó: comprimía mágicamente el espacio y el tiempo, y salvaba cualquier distancia entre lo que parecía un mito y mi propia vida, en la que me limitaba a rastrillar las hojas del otoño y a jugar a primitivos videojuegos en Washington D. C.

Las consecuencias eran casi increíbles. Si acababa de inhalar el último aliento de César (*Et tu, Brute?*), entonces

también debía de haber inhalado el de Beethoven (*Oír en el cielo*) y el de Darwin (*No tengo el menor miedo a morir*). [3] Y el de Franklin Delano Roosevelt, y el de Rosa Parks, y el de Elvis, y el de los peregrinos y los nativos americanos que celebraron la primera Acción de Gracias, y el del autor de la primera nota de suicidio, e incluso el del abuelo al que nunca conocí. Siempre el descendiente de supervivientes, imaginé el último aliento de Hitler alzándose a través de los tres metros de hormigón que constituían el techo del Führerbunker, nueve metros de suelo alemán —y las pisoteadas rosas de la Cancillería del Reich—, luego abriéndose paso por el frente occidental y atravesando el océano Atlántico y cuarenta años en su camino hacia la ventana del segundo piso de mi dormitorio infantil, donde ese aliento me hincharía como un globo de cumpleaños.

Y si había aspirado sus *últimos* alientos, también debía haber aspirado los *primeros* y todos los alientos entre medias. Y cada aliento de cada persona. Y no sólo de humanos, sino también de los demás animales: el gerbillo de la clase que murió al cuidado de mi familia; las gallinas que, todavía calientes, mi abuela desplumaba en Polonia; el último aliento de la última paloma migratoria. Con cada inhalación, absorbía el relato completo de la vida y la muerte sobre la Tierra. Aquel pensamiento me brindaba una visión aérea de la historia: una vasta red tejida a partir de una hebra. Cuando Neil Armstrong posó su bota sobre la superficie de la Luna y dijo: «Un pequeño paso para el hombre...», envió, a un mundo sin sonido y a través del policarbonato de su visor, moléculas de aquel Arquímedes que aullaba «¡Eureka!» mientras corría desnudo por las calles de la antigua Siracusa tras haber descubierto que el agua del baño desplazada por su cuerpo era igual al peso de su cuerpo. (Armstrong dejó esa bota en la Luna para compensar el peso de las rocas lunares que trajo de vuelta.)[4] Cuando Alex,

la cotorra gris africana[5] a la que habían enseñado a conversar al nivel de un humano de cinco años, pronunció sus últimas palabras —«Sed buenos, hasta mañana. Os quiero»—, también exhaló el resuello de los perros de tiro que arrastraron a Roald Amundsen por unas placas de hielo hoy ya derretidas y liberó los gritos de las exóticas bestias que habían sido llevadas al Coliseo para que los gladiadores acabasen con ellas. Que yo ocupara un lugar en todo eso —que yo no pudiera dejar de ocupar un lugar en todo eso — fue lo que más asombro me produjo.

El final de César fue también un comienzo: la suya se cuenta entre las primeras autopsias documentadas, y así es como sabemos que fue apuñalado veintitrés veces. Nada queda de las dagas de hierro. Nada queda de su toga empapada en sangre. Nada queda de la Curia Pompeya, donde fue asesinado, y de la metrópolis en la que se alzó sólo quedan sus ruinas. Del Imperio romano,[6] que llegó a cubrir más de tres millones de kilómetros cuadrados y englobaba el veinte por ciento de la población mundial, y cuya desaparición resultaba tan inimaginable como la del propio planeta, nada queda.

Cuesta pensar en una reliquia más efímera de una civilización que el aliento. Pero es imposible pensar en una más duradera.

Pese a que recordaba muchas cosas de él, el *Libro de los finales* no existía. Pero cuando trataba de confirmar su existencia, encontré en cambio *Las cosas nuestras de cada día*, de Panati, publicado cuando yo tenía doce años. El libro hablaba de Houdini, del registro fósil y de muchas otras cosas de las que sí me acordaba, pero no del último aliento de César, ni de la «Disputa con el alma», que debí de conocer en otra parte. Aquellas pequeñas correcciones me preocuparon: no porque fueran, en sí mismas, importantes, sino porque yo tenía muy claros mis recuerdos.

Más inquieto me sentí cuando investigué la primera nota de suicidio y reflexioné sobre su título: sobre el hecho de que tuviera un título. Ya es bastante turbador que algo lo malrecordemos, pero la perspectiva de que aquellos que vendrán después de nosotros nos recuerden mal es profundamente inquietante. Queda por saber si el autor de la primera nota de suicidio acabó siquiera con su vida: «Abrí mi boca a mi alma», escribe al comienzo. Pero el alma tiene la última palabra, y urge al hombre a «aferrarse a la vida». No sabemos qué fue lo que aquel hombre respondió. Es del todo posible que la disputa con el alma se decidiera por la elección de la vida, posponiendo así el último aliento del autor. Quizá aquella confrontación con la muerte se reveló como la más convincente apuesta por la supervivencia. Una nota de suicidio no se parece a nada tanto como a su contrario.